

La fractura de la historiografía española durante la postguerra franquista

ÁLVARO RIBAGORDA ESTEBAN
Universidad Complutense de Madrid

Desde los años ochenta ha habido un importante desarrollo de la historia de la historiografía española. La necesidad de reflexionar acerca de la naturaleza de la propia disciplina ha caminado unida al desarrollo de la historia de la misma, que poco a poco se ha ido convirtiendo en una especialidad propia. Dentro de la historia de la historiografía española, la denominada historiografía liberal del periodo de la Restauración y de la 2.^a República, tal vez sea el ámbito que más estudios ha suscitado. En contraposición la Dictadura franquista, pese a haberse convertido en estos años en uno de los principales objetos de estudio de los historiadores españoles, en lo que respecta a la historia de la historiografía sigue siendo un área poco trabajada. Esto es así especialmente en lo referido a los años cuarenta y cincuenta, que siguen teniendo aún muchas lagunas y debates pendientes, pese a la existencia de trabajos de notable calidad como los de Jover Zamora, I. Olabarri, Ruiz Torres, Morales Moya, y especialmente los de Gonzalo Pasamar.

Las líneas de continuidad de las que arrancan los historiadores en la postguerra española, así como los espacios cerrados y las nuevas perspectivas que surgen en estos años, son probablemente uno de los temas más interesantes, a la hora de conocer el pasado de nuestra profesión. La aproximación a los estudios sobre el tema, la mayor parte de ellos ya clásicos, sigue mostrando una controversia entre el grado de continuidad y fractura existente entre la historiografía del primer tercio del siglo XX, y la de los años cuarenta y cincuenta, que continua manteniendo un cierto interés para la realización de nuevos estudios y propuestas interpretativas.

El debate hay que situarle en torno a dos posiciones diferenciadas, aunque con elementos comunes. Algunos trabajos ya clásicos de autores como

Jover Zamora¹, Ignacio Olábarri², o Morales Moya³, consideran que pese a las fracturas que supuso la guerra civil, las prácticas historiográficas de postguerra siguieron mayoritariamente unas líneas continuadoras de lo que se había venido realizando anteriormente, esto es, que en la postguerra española se siguió llevando a cabo, con un buen nivel, una historiografía de rasgos positivistas y de un estimable valor científico.

Frente a este enfoque, los estudios más recientes, como los de Gonzalo Pasamar⁴ o de P. Ruiz Torres⁵ consideran que aunque existieran algunos rasgos de permanencia en determinados aspectos de la historiografía, en líneas generales la Dictadura supuso una importantísima ruptura con la historiografía anterior, tanto a nivel institucional, como en la producción predominante.

Jover entiende que: «la historiografía española de los años cuarenta no surge por generación espontánea a la conclusión de la guerra civil, sino que continúa —con infraestructuras devastadas, con cuadros diezmados por la guerra o el exilio— direcciones ya existentes en 1936. Entre tales direcciones aparecen como predominantes la positivista y la nacionalista»⁶.

Evidentemente la historiografía de postguerra no surgió de la nada, pero tal vez habría que poner el acento —como lo hacen Pasamar o Ruiz Torres— en esas «infraestructuras devastadas» y «cuadros diezmados» que Jover sitúa en una posición secundaria. La destrucción de las instituciones liberales creadas en el periodo anterior, la muerte y el exilio de algunos de los historiadores más importantes, así como el viraje ideológico impuesto

¹ De entre sus numerosos trabajos y artículos, tal vez el más significativo en este aspecto sea: Jover Zamora, J. M.^a: «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, Fundación Juan March, 1976, pp 215-247.

² La tesis de este autor se puede observar en artículos como Olábarri, Ignacio, «El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)», *Hispania*, L, 2 (1990), pp. 417-437 o en Olábarri, I. «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», *La historiografía en occidente desde 1945*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1985, pp. 87-109.

³ Véase Morales Moya, A.: «Historia de la Historiografía española», en Artola, M. (dir), *Enciclopedia de Historia de España*, vol. VII, Madrid, Alianza, 1993, pp. 583-684.

⁴ Este autor tiene un artículo específico sobre esta controversia: Pasamar, G.: «La historiografía profesional en la primera mitad del siglo actual. Una tradición liberal truncada», *Studium*, 2, (1990), pp. 133-156. Además su tesis doctoral, posteriormente completada y publicada: Pasamar, Gonzalo: *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991, 382p., es probablemente la investigación monográfica más importante sobre el tema.

⁵ Véase Ruiz Torres, Pedro: «La renovación de la historiografía española: antecedentes, desarrollos y límites», *El siglo XX: balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, 2-5 de mayo de 2000.

⁶ Jover Zamora, J. M.^a, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea»... *op. cit.* pp. 221-222.

por los nuevos detentadores del poder durante la Dictadura —factor que Jover analiza en otro sentido, pero al que no da importancia central en este—, fueron la causa principal de la fractura historiográfica que supuso el inicio de la Dictadura.

Jover afirma que los rasgos de una historiografía científica de raíces positivistas continuaron en la posguerra mediante los discípulos de los grandes historiadores anteriores, ahora en el exilio, como Taracena, Santaolalla, Pericot, Almagro, Lacarra, Caro Baroja, Julio González, ... Si bien la labor de estos historiadores fue muy notable en algunos casos —siempre bajo la sombra de la represión ideológica—, muchos de los grandes historiadores españoles de la primera mitad del siglo XX alcanzaron el cenit de su carrera en el exilio. Respecto a la continuación del desarrollo de una historiografía de temas nacionalistas, sin duda el concepto de España cambió bastante bajo la Dictadura, así como lo hicieron también en parte los temas de investigación.

Olabarri indica que existió «continuidad en las figuras señeras de nuestra ciencia (Altamira, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Ots Capdequi, etc.) continuidad en la apoyatura institucional, (...) en los enfoques teóricos y metodológicos y en los asuntos y problemas abordados»⁷.

Sin embargo muchos de estos historiadores se vieron condenados al exilio. El CSIC fue desde su inicio un organismo regido por el integrista católico, la ideología fascizante que dominó la dictadura, y la cerrazón más absoluta, en abierta oposición al papel que había jugado la Junta para la Ampliación de Estudios. Asimismo, la notabilísima producción historiográfica de preguerra se vió sustituida por una galopante inflación de historiografía nacionalista de escasa científicidad. Todas ellas parecen razones más que suficientes para cuestionar la anterior afirmación de Olabarri, ya que si bien es cierto que los historiadores siguieron investigando aunque fuera en el exilio, la mayor parte de los edificios siguieron en pie, y se siguieron editando libros de historia, por lo demás, el régimen dictatorial instaurado después de la guerra civil creó una abismal fractura respecto al periodo anterior. Esta fractura en las instituciones y la mentalidad colectiva de los historiadores que ejercieron su labor dentro del espacio geográfico español fue tal, que no permite, salvo en aspectos muy concretos, establecer continuidades entre ambas historiografías. Y ello no fue una consecuencia indirecta de la dictadura, sino que fue uno de los objetivos fundamentales del nuevo régimen.

La principal vinculación que puede encontrarse entre la historiografía del primer tercio del siglo XX, y la historiografía de posguerra está en la vertiente antiliberal finisecular. Esta —como indica Ruiz Torres— fue ree-

⁷ Olabarri, I. «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX»..., *op. cit.* pp. 88-89.

laborada de forma maniquea para que resaltando ciertos aspectos y personajes de la historia de España, y silenciando muchos otros, el enfoque simplista y funcional que se daba a esta historia, pareciese justificar la presencia de Franco en el poder como una forma de reconducción de la historia de España hacia un supuesto destino absolutamente necesario⁸. Esto significaba un retroceso cualitativo en la concepción de la historia que volvía a encuadrarse en un paradigma evolucionista, determinista y teleológico.

1. LA IDEOLOGIZACIÓN DE LAS INSTITUCIONES ACADÉMICAS

La Junta para la Ampliación de Estudios cerró sus puertas en junio de 1936 sin saber que nunca más se volverían a abrir. El espíritu de sus maestros, las becas, los laboratorios, y toda una mentalidad sobre la que se había asentado buena parte de la modernización e institucionalización de la historiografía española quedaron enterradas durante décadas. En su lugar se erigió el Instituto de España primero, y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas después. La situación era de un giro hacia una concepción de la enseñanza y de la investigación fundamentada en principios ideológicos y de fe, alejados por lo general —y salvo excepciones— de cualquier cientificidad.

Desde sus inicios el dictador y la cúpula dirigente fueron conscientes del inmenso papel adoctrinador y legitimador que podía jugar la historia. La enseñanza, la difusión y por supuesto la investigación estuvieron desde el inicio al servicio de la ideología pragmatista y fascistizante que caracterizó el régimen político de Franco. Se impulsó el estudio del siglo XVI en busca de unos modelos y mitos que debidamente interpretados y descontextualizados sirviesen de referente en el pasado, y de refrendo en el presente al poder personal del dictador, de tal forma que pareciese que desde la noche de los tiempos todos los pobladores de lo que hoy es España, formaban parte de «una unidad de destino en lo universal», que Franco se vanagloriaba de haber restablecido.

Para Pasamar la depuración del personal docente a partir de principios ideológicos, la constitución del Consejo Nacional de Educación formado por personal de confianza del Ministro Ibañez Martín y con gran influencia en la organización pedagógica y administrativa, y la creación del CSIC, eran los

⁸ Ruiz Torres, Pedro, «La renovación de la historiografía española: antecedentes, desarrollos y límites», ... *op. cit.*

pilares fundamentales que definían el clientelismo político y académico del mundo universitario e investigador⁹.

La destrucción física de buena parte de la Ciudad Universitaria fue la mejor metáfora de lo que significó el régimen franquista con respecto al mundo académico, especialmente durante la postguerra. La reconstrucción de los edificios y del entramado administrativo y docente fueron paralelas. El inicio estuvo caracterizado por la improvisación y la depuración, que junto a la marginación y el exilio de figuras de la talla de Altamira, Sánchez-Albornoz, Américo Castro, Bosch Gimpera, Ots Capdequí, ... provocaban una ruptura obligada con la historiografía española de la década anterior¹⁰.

En 1938 el Instituto de España se oficializó convirtiéndose en el organismo que pretendía sustituir a la Junta para la Ampliación de Estudios, mediante la integración de las Reales Academias. Sin embargo pronto se vio como una institución insuficiente, que como indicaba Vicens Vives fue «combatida por la porción más vigorosa del profesorado universitario»¹¹, por lo que su papel lo ocuparía rápidamente el CSIC, creado en 1939. El CSIC era la institución encargada de organizar el caos científico postbélico y controlar las investigaciones, aunque su labor —pese a la positiva visión que Vicens Vives tenía del CSIC¹²— nunca se podrá equiparar a la de su institución predecesora: la JAE. Por ello señala Pasamar que el CSIC más que una continuación de la Junta fue un arma para utilizar la historiografía como propaganda política, lo que supuso una ruptura con los temas y líneas de investigación anteriores¹³.

Por otro lado hay que señalar que las propuestas alternativas a las instituciones oficiales estaban muy limitadas por la dictadura. Era impensable en estas fechas que pudiesen existir proyectos culturales del talante de la Escue-

⁹ Pasamar, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la postguerra española... op. cit.* pp. 17-22.

¹⁰ Sobre el profesorado de la universidad de postguerra véanse las tablas estadísticas elaboradas con minuciosidad en el apéndice del libro de G. Pasamar (*Ibid.* pp. 350-370)

¹¹ Véase Vicens Vives, Jaume: «Desarrollo de la historiografía española entre 1939 y 1949», en *Obra dispersa. España, América, Europa*. Barcelona, Vicens Vives, 1967, vol. II, pp. 15-35. La cita en p. 18.

¹² Véase Vicens Vives, Jaume: «Desarrollo de la historiografía...», *op. cit.* pp. 17-20. En este artículo en el que realiza un repaso de la situación historiográfica española para mantener informados a los historiadores europeos, Vicens Vives elogiaba la actividad del CSIC como elemento organizador de las actividades científicas desperdigadas desde la guerra, y por tratar de dar un mínimo de seriedad a la improvisación que subsiguió al inicio de la dictadura. En cualquier caso, no se olvide que la visión que está dando este autor en 1952, aunque crítica también, es la de una de las personas que en cierto modo se vieron beneficiados de las actividades organizadas por este centro, como el viaje al IX Congreso de Ciencias Históricas en París.

¹³ Pasamar, Gonzalo: «La historiografía profesional...», *op. cit.* pp. 155-156.

la Moderna, la Escuela Nueva, las Casas del Pueblo, los Ateneos Libertarios, ... Toda una cultura historiográfica de carácter marxista, anarquista, etc. que había tenido cierta raigambre en la España del primer tercio del siglo XX, estaba ahora desterrada por una dictadura fascizante que se cuidó de controlar e impedir el desarrollo de propuestas culturales alternativas. Como señala Fusi, un caso similar fue el de Ortega y Gasset que, junto a su discípulo Julián Marías, promovió la creación del Instituto de Humanidades, una especie de universidad alternativa de carácter liberal y europeísta, a la que las dificultades e impedimentos legales que opuso la administración hicieron fracasar¹⁴.

De tal forma, se puede decir que la investigación y la docencia continuaban separadas como había sucedido en periodos anteriores. La práctica historiográfica de postguerra estuvo definida por haber seguido una orientación antiliberal, con categorías y prácticas propias del academicismo restauracionista, principios tomistas y ultracatólicos, y una orientación política fascizante.

A partir de 1950 se comenzó a atisbar una cierta renovación en el mundo académico. En ese año el CSIC envió a diez de sus más destacados miembros a la IX edición del recién restituido Congreso de Ciencias Históricas de París, entre los que estaban Vicens Vives, Palacio Atard, J. Cepeda Adán, J. M. Lacarra, ... De este fundamental congreso no sólo hay que señalar el revulsivo que supuso en la historiografía europea, sino sobretudo en este caso el hecho de que los historiadores españoles volvieran a salir al extranjero, rompiendo el aislamiento de los años cuarenta que tanto mermó las posibilidades de desarrollo en España. El gobierno español comenzaba a buscar en estas fechas vías de integración en el marco internacional, lo que sería un primer atisbo de la leve apertura operada años después.

2. LOS INTENTOS DE CONTINUAR CON UNA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA BAJO EL YUGO DE LA DICTADURA

Durante la postguerra, y sobretudo en los primeros años de la dictadura, va a abundar una historiografía de baja calidad y escasa científicidad, dedicada a la creación de mitos nacionales y exaltación patriótica, que conducirá a la proliferación del género ensayístico, carente en la mayor parte de los casos de contrastación empírica. El componente básico de este tipo de historiografía nacionalista consistía en la narración de hechos aislados que ensalzaran la grandeza de España en el pasado, apoyada en los principios católi-

¹⁴ Véase Fusi, J. P. *Un siglo de España. La cultura*. Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 118.

cos y en poderes autoritarios, contribuyendo a la creación de mitos. Se trataba con ello de resaltar los paralelismos existentes entre distintos acontecimientos o personajes, de tal forma que la idea de fondo que transmitían (hispanidad, catolicismo, heroicidad, ...) fuese asimilada mediante la repetición continua¹⁵. Así, la Historia era utilizada como un mero arsenal de datos para la legitimación del presente.

Junto a este tipo de trabajos de carácter doctrinario y propagandístico, Jover y Morales Moya consideran que existía una historiografía positivista dentro del medievalismo y la arqueología, continuadora de la tradición anterior, de una alta calidad científica, compatible con la exaltación nacionalista que la coyuntura política requería¹⁶. Pero, salvo por excepciones como Menéndez Pidal, la práctica historiográfica española carecía de sus investigadores más importantes, condenados al exilio, y cuya labor ensombrecería en muchos casos el trabajo de sus discípulos en España, condicionados en grado superlativo por la coyuntura ideológica del país.

Pasamar y Ruiz Torres consideran más adecuado caracterizar como predominantemente antipositivista la historiografía de postguerra, atendiendo sobretudo a la importancia de los estudios sobre la Edad Moderna, periodo que eclipsó al resto por la gran producción historiográfica que provocó. En esta disciplina fueron contados los casos en los que se dio un buen nivel con autores como R. Carande, ya que por lo general se trataba de una historiografía nacionalista y apologetica¹⁷.

Frente a esta historiografía tan oficial como alarmantemente acientífica, que se basaba en retomar las prácticas eruditas del siglo XIX, hay que señalar el papel de la historia de raíces germanas y de su principal dinamizador en España: Ortega y Gasset. Este tipo de historia fue secundaria en muchos ámbitos, aunque Pasamar considera que su papel sería muy importante por cuanto sus cultivadores eran historiadores de cierto nivel como Santiago Montero, Laín Entralgo, Viñas Mey, Diez del Corral o Maravall. Este último proponía una lectura antipositivista de Ortega fijando la atención en el individuo como sujeto histórico, el carácter biográfico y la psicología, así como

¹⁵ Véase Manzano, Eduardo: «La construcción histórica del pasado nacional», en Pérez Garzón, J. S. (et alii) *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona, Crítica, 2000, pp. 39-40, donde se expone esta idea como una constante en la historiografía nacionalista.

¹⁶ Morales Moya, A.: «Historia de la historiografía española»... *op. cit.* pp. 663-665. Jover Zamora, J. M.^a: «Corrientes historiográficas en la España contemporánea»... *op. cit.* pp. 221-227.

¹⁷ Véanse Pasamar, Gonzalo: «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica, 1880-1980», *Hispania*, 198, (1998), pp. 26-39. y Ruiz Torres, Pedro: «La renovación de la historiografía española: antecedentes, desarrollos y límites», ... *op. cit.*

el irracionalismo, elementos que encajaban muy bien con el carácter falangista¹⁸.

Santiago Montero hablaba de la necesidad de una doctrina de la historia, que se centraba en las ideas sobre el voluntarismo histórico, la personalidad como sujeto de la historia, y la esencia de la singularidad histórica. Con ello, lo que hacía era rechazar la concepción de la historia como ciencia, al considerar que no era posible este tratamiento de los acontecimientos históricos, que estarían definidos por su imprevisibilidad. De esta forma la individualidad, la empatía y la intuición se convertían en las herramientas del conocimiento histórico, teñidas de un aire irracionalista definido por la influencia de Spengler y la interpretación fascista de Nietzsche.

En este mismo sentido incide también Pasamar sobre los trabajos de Viñas Mey, quién partía de la *kulturgeschichte* y la sociología histórica frente a la historia de las instituciones, con un deseo de sincretismo antipositivista. Igual sucede con la *Teoría del saber histórico* de Maravall, muy influenciada por H. Freyer, que daba uno de los últimos coletazos a la sociología histórica alemana de principios de siglo¹⁹.

3. LA «MITOLOGÍA IMPERIAL» EN ESPAÑA, FRENTE AL GRAN DEBATE HISTORIOGRÁFICO EN EL EXILIO

Aparece así un panorama complejo definido por varias tendencias. Por una parte estaban los continuadores de la historiografía del primer tercio del siglo XX, sometidos a la ideologización fascistizante del régimen, pero que desarrollaron su labor con cierta profesionalidad, preferentemente en los temas de prehistoria, historia antigua y medieval. Junto a ellos estaría un sector importante que recogía el testigo del pensamiento germano antipositivista, y que se aproximaba tanto a la sociología histórica como a las filosofías de la historia, permitiéndose incluso abordar estudios sobre el tema más denostado en la dictadura: la contemporaneidad, aunque desde una perspectiva individualizadora y psicologista. Los siglos XIX y XX querían ser borrados de la historia por Franco, ya que en ellos estaban presentes los principales signos de modernización e ideologización contra los que atentaba abiertamente la Dictadura. Por ello los escasos estudios de historia contemporánea que se hicieron en estos años trataban de presentarla como un periodo negativo frente a la idealización del pasado imperial. El siglo XVI fue el

¹⁸ Pasamar, G.: «Los Historiadores españoles y la reflexión...», *op. cit.* pp. 26-39.

¹⁹ *Ibid.* pp. 37-38.

tema estrella de esta historiografía nacionalista, por cuanto se extrajeron de él los valores, e incluso los símbolos iconográficos del nuevo régimen. Los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II, el Imperio Español en América, ... serían los elementos idealizados sobre los que se pretendía crear la imagen de la unidad y grandeza española, que un dictador militar autointitulado con el rango medieval de Caudillo buscaba como elementos de un pasado que decía pretender restaurar.

El ámbito del medievalismo estaba marcado por una situación paradójica. Este había sido el tema más trabajado antes de la dictadura, al buscarse en la Edad Media el origen de las instituciones del Estado español, e incluso de los caracteres genéricos de la cultura española. La paradoja estribaba en que el gran debate historiográfico sobre el origen de los españoles se produjo en el exilio, entre Américo Castro y Sánchez Albornoz. En España, aún existiendo trabajos de cierta talla, nada ni nadie pudo sustituir el trabajo de dos de las más grandes figuras de la historiografía medieval.

La obra de Menéndez Pidal seguirá siendo fundamental en estos años, y será lo que Jover considera uno de los «puentes» entre la historiografía anterior y posterior a la guerra civil de 1936, a partir de un espíritu de concordia y reconciliación. En estos años continuó con su labor iniciada mucho tiempo atrás, que comprendía tanto los trabajos sobre el origen de la nación española —de raíz filológica—, como su dirección de la monumental *Historia de España* de Espasa Calpe. Obra fundamental será su conocido prólogo de 1947, titulado «Los españoles en la historia», en el que hablaba sobre «la permanente identidad de los españoles» que según Jover cristalizaría en los estereotipos de sobriedad, individualismo y amor a la independencia que para Menéndez Pidal serían los que definirían la identidad española. Menéndez Pidal concebía la historia de España como un proceso unitario y global a partir del sustrato celtoibérico y de la colonización romana, resaltando especialmente los grandes temas de la historiografía nacionalista²⁰.

Sin embargo como indicaba el propio Jover, el epicentro de la actividad historiográfica española se desarrolló desde el gran debate del exilio²¹. Habría que comenzar señalando que la visión de la historiografía española de los años cuarenta en España que Jover define como científica, no es compartida por todos los autores, ni siquiera para los estudios medievalistas. Reyna Pastor dice que «en aquellos años cuarenta y cincuenta, Sánchez

²⁰ Véase Jover Zamora, J. M. «Menéndez Pidal y la historiografía española de su tiempo», en AA.VV. *El legado cultural de España al siglo XXI. 1. Pensamiento, Historia y Ciencia*. Barcelona, Colegio Libre de Eméritos / Círculo de Lectores, 1992, pp. 45-103, y especialmente pp. 60-64.

²¹ Véase Jover Zamora, J. M.^a «Corrientes historiográficas...», *op. cit.* pp. 221-224.

Albornoz ofrecía una historiografía seria, frente a un acientifismo vergonzoso»²². El origen de España era un tema de un interés consustancial al origen de la institucionalización de la historiografía, Reyna Pastor señala que una de las grandes aportaciones de Sánchez Albornoz estaba en que frente a la historiografía que se estaba practicando en la postguerra española él «nos enseñó a ser científicos y nos hizo comprender, profundamente, que no hay historia aséptica, que el historiador es y debe ser un hombre comprometido con su época y su tiempo»²³. En *España, un enigma histórico* de 1956, Sánchez Albornoz elaboraba una nueva interpretación que reafirmaba su tesis basada en la idea de continuidad entre la Hispania romana, la visigótica, los reinos cristianos frente a la invasión árabe, la despoblación del valle del Duero, los principios de la reconquista, y la debilidad de la feudalización en Castilla.

La visión de Américo Castro en sus años en Princetown chocará con la de su maestro Menéndez Pidal y con la de Sánchez Albornoz, provocando lo que probablemente sea la polémica más importante de la historiografía española. Para Almeida, en *España en su historia* Américo Castro es el primero en proponer una visión no *eleática* de la historia de España. Hasta entonces, los estudios sobre el origen de los españoles habían partido del principio de Parménides de que el ser es eterno e inmóvil, ingénito e imperecedero, y de ahí se derivaba la idea de la permanente identidad de los pueblos. Frente a esta visión tradicional, Castro «sostiene que los españoles, como los demás europeos, comenzaron a existir en un momento determinado y determinable en nuestro caso en el 711, fecha de la invasión musulmana»²⁴. Américo Castro propone una idea dinámica y vitalista de nación: la nación no nace, sino que se hace, y estima que no se puede entender el origen de los españoles sino como el cruce de tres castas de creyentes: cristianos, musulmanes y judíos.

La polémica tuvo una gran repercusión, y en definitiva, era un síntoma claro de la excelente salud de la que gozaba la historiografía del exilio, nacida en las instituciones creadas por la Junta para la Ampliación de Estudios en los años veinte y treinta, frente a la que se realizaba en España en los años cuarenta y cincuenta.

Todo ello son síntomas de la gran fractura que —por encima de algunos elementos de continuidad— se produjo en la historiografía española con el

²² Pastor, Reyna «Claudio Sánchez Albornoz, historiador, maestro y militante», en Pastor, Reyna (et alii), *Sánchez Albornoz a debate. Homenaje de la Universidad de Valladolid con motivo de su centenario*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, p. 15.

²³ *Ibid.* pp. 17-18.

²⁴ Almeida, Julio: *El problema de España en la obra de Américo Castro*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993, p. 31.

inicio del franquismo. Como recordaba recientemente M. Artola, la dictadura había arrasado con cualquier posibilidad de volver a alcanzar un nivel que posibilitase debates semejantes en mucho tiempo²⁵. La carencia de infraestructuras, el objetivo político-ideológico de las instituciones, el predominio de una historiografía alarmantemente acientífica, la ausencia de debates de alto nivel y repercusión, ... son las consecuencias que tuvo la consciente desestructuración del mundo académico, y la aculturación impuesta por la Dictadura de Franco. Sus repercusiones han llegado en cierta forma incluso hasta nuestros días, y por ello es necesario entender esta fractura y los lastres que de ella se derivaron, para poder explicarnos muchos de los problemas actuales de la producción historiográfica española, y en particular la posición secundaria que ha ocupado con respecto a la de otros países durante décadas.

²⁵ Esta idea la señalaba recientemente el profesor Miguel Artola en una conferencia celebrada el 19 de abril de 2001 en el Salón de Actos de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, dentro del Seminario de Historia Contemporánea: «Los historiadores españoles y la historiografía: una historia viva», organizado por Luis Enrique Otero Carvajal y Álvaro Ribagorda Esteban.